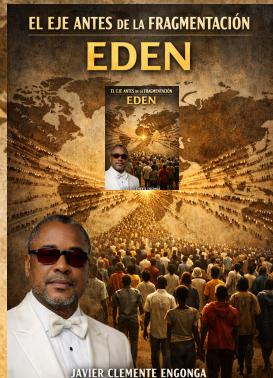


EL EJE ANTES DE LA FRAGMENTACIÓN

EDEN



JAVIER CLEMENTE ENGONGA

Copyright Notice for the Document: "EL EJE ANTES DE LA FRAGMENTACIÓN™"

**Copyright © 2026 by [Javier Clemente Engonga Avomo](#).
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by [The United States of Africa™](#).

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

EL EJE ANTES DE LA FRAGMENTACIÓN™

Nota Especial Para Ti, Que Crees Conocer Guinea Ecuatorial, África y la que se avecina

Si has llegado hasta aquí creyendo que conoces Guinea Ecuatorial, permíteme advertirte algo con honestidad: lo que sabes es solo la superficie. El mapa, los titulares, las cifras, los discursos repetidos. Incluso las historias que parecen profundas suelen quedarse en la orilla. Este libro no nace para corregirte, ni para convencerte. Nace para descolocarte.

Guinea Ecuatorial no es un misterio, pero tampoco es tan evidente. Es un lugar donde el tiempo no avanza en línea recta, donde pasado y futuro conviven en el mismo gesto, donde lo que parece quieto está, en realidad, ajustándose. Aquí, el silencio no significa ausencia. Significa preparación.

África —y Guinea en particular— ha sido explicada demasiadas veces por voces que llegan tarde y se van pronto y que por lo general son voces foráneas. Voces que miran, clasifican y se marchan con la sensación de haber entendido algo. Este libro no mira desde fuera. Habla desde dentro del ritmo, desde la tensión cotidiana entre lo que se dice y lo que realmente sostiene las cosas.

Si esperas una historia de héroes, este no es tu libro.

Si buscas culpables simples, tampoco.

Aquí no hay banderas limpias ni finales cómodos.

Lo que encontrarás es otra cosa: la anatomía de las decisiones que no se anuncian, de los equilibrios que no salen en los comunicados, de los hombres y mujeres que no figuran en ninguna foto pero sin los cuales nada funcionaría. Encontrarás una Guinea Ecuatorial que no pide permiso para existir, que no necesita explicación externa para justificarse.

Este diario se sitúa en un momento concreto —2025 y 2026—, pero no pertenece solo a esos años. Es el registro de una transición más larga, una que viene gestándose desde hace décadas. Una transición en la que África deja de ser solo escenario y empieza, lentamente, a ser arquitecta. No siempre de manera visible. No siempre de forma limpia. Pero sí de manera irreversible.

Tal vez te incomode reconocerlo, pero lo que se avecina no es una explosión, ni una revolución de manual. Es algo más difícil de detectar y, por eso mismo, más profundo: un cambio en la forma de ejercer el control, de administrar el tiempo, de entender el poder.

No vendrá anunciado. No pedirá aplausos. Simplemente ocurrirá.

Este libro no te dirá qué pensar sobre Guinea Ecuatorial ni sobre África. Te mostrará cómo se piensa cuando ya no se depende de la mirada ajena. Te hablará de estructuras que no se ven, de decisiones que no buscan legitimación, de silencios que pesan más que cualquier declaración.

Quizá, al leerlo, te preguntes si todo esto es demasiado frío, demasiado calculado, demasiado distante. Esa pregunta es parte del viaje. Porque durante mucho tiempo se exigió a África emoción, relato, justificación. Ahora, lo que emerge es otra cosa: lucidez.

No confundas esta lucidez con cinismo. Aquí hay responsabilidad, aunque no se presente como virtud. Hay conciencia histórica, aunque no se exprese como consigna. Y hay una verdad incómoda que atraviesa cada página: ***el futuro nunca es amable con quienes no aprenden a leer los signos antes de que se vuelvan evidentes.***

Si crees conocer Guinea Ecuatorial, este libro no te lo reprocha.

Si crees conocer África, este libro no te contradice.

Simplemente te invita a mirar desde otro ángulo, uno menos ruidoso y más preciso. Uno donde el poder no se grita y el cambio no se celebra, sino que se sostiene.

Lee despacio.

Lee con atención.

Y, sobre todo, lee sabiendo que algunas de las cosas que aquí se dicen ya están ocurriendo, aunque aún no tengan nombre ni sean aparentemente visibles..

Lo que se avecina no necesita que creas en ello.

Solo necesita tiempo.

[Javier Clemente Engonga Avomo](#)

PRÓLOGO

El eje antes de la fragmentación

Antes de que el mundo fuera dividido, existía coherencia. No como idea, no como creencia, no como sistema formulado, sino como condición natural de la existencia. La realidad, en su estado primario, no estaba separada en dominios, disciplinas, identidades o valores opuestos. Era densa, continua, no fragmentada. Todo lo que existía compartía un mismo campo de pertenencia.

La fragmentación no es el estado original del mundo. Es una fase tardía.

Las civilizaciones no comienzan cuando aparecen las ciudades, ni cuando se escriben las leyes, ni cuando se fundan religiones. Comienzan cuando un conjunto humano logra orientarse alrededor de un eje invisible que permite que la diversidad no se disuelva en caos. Ese eje no impone, no moraliza, no explica el misterio: lo contiene. Es una referencia estructural, no una doctrina. Una coherencia previa, no una conclusión.

A ese principio silencioso lo llamamos aquí **eje**.

Un eje no es un objeto. No es una figura. No es una autoridad. Es una función ontológica: la capacidad de una civilización para organizar su experiencia sin romperla en partes inconexas. Allí donde existe un eje, el conocimiento se acumula, la memoria se transmite, la energía se retiene y el futuro puede ser proyectado. Allí donde falta, todo se dispersa, incluso cuando hay talento, creatividad y fuerza.

La historia moderna ha cometido un error fundamental: ha confundido el eje con sus manifestaciones visibles. Ha llamado “religión” a lo que era estructura, “mito” a lo que era arquitectura simbólica, “oscuridad” a lo que era matriz. Al moralizar el origen, perdió el acceso a la coherencia. Al dividir el mundo en opuestos —luz y sombra, bien y mal, razón y cuerpo, espíritu y materia— debilitó el principio que permitía sostenerlos juntos.

África conoció el eje antes de esa fragmentación. No como sistema dogmático ni como teología cerrada, sino como comprensión funcional del mundo. La negrura no era negación, sino densidad. La noche no era amenaza, sino gestación. El caos no era error, sino orden aún no decantado. No existía la obsesión por definir, clasificar y separar, porque la realidad era experimentada como un continuo vivo.

Ese conocimiento no necesitaba ser proclamado. Operaba.

Por eso no se cristalizó en una figura única ni en un libro sagrado. Por eso se expresó de forma distribuida: en cosmologías, en lenguas, en ritmos, en formas de organización social, en

maneras de habitar el tiempo y el espacio. África no careció de eje; careció de la necesidad de fijarlo simbólicamente. Mientras otras civilizaciones centralizaban su coherencia en un nombre, un dios o una ley, África la mantuvo como práctica viva.

La fragmentación llegó después. No como evolución natural, sino como interrupción. Cuando sistemas externos impusieron sus propios ejes —religiosos, políticos, económicos— no integraron el principio africano de coherencia: lo desplazaron. Lo tradujeron a lenguajes que no le correspondían. Lo forzaron a operar en marcos que lo negaban en su raíz. La negrura pasó de ser origen a ser estigma. La oscuridad pasó de ser matriz a ser carencia.

Sin embargo, lo ontológico no desaparece. Solo pierde densidad.

Un eje no muere. Se repliega.

Durante siglos, África y sus diásporas han vivido en un estado de dispersión estructural. Han producido energía, cultura, conocimiento, trabajo, innovación, pero rara vez han podido retenerlos dentro de un sistema coherente propio. El problema no ha sido la falta de capacidad, sino la ausencia de un eje operativo contemporáneo. Un sistema sin eje puede moverse mucho y avanzar poco. Puede brillar, pero no consolidarse.

Este libro no propone una vuelta al pasado. Los retornos son ilusiones narrativas. El tiempo no retrocede. Lo que aquí se plantea es una **reaparición**: la del eje como principio anterior a toda fragmentación, capaz de operar hoy sin religión, sin ideología, sin reacción. Un eje adecuado a una civilización global, tecnológica, interconectada, pero ontológicamente exhausta por la dispersión.

Hablar de coherencia cósmica no es hablar de misticismo. Es hablar de estructura. El cosmos no se sostiene por creencias, sino por relaciones estables entre sus partes. Cuando esas relaciones se rompen, aparecen crisis que ninguna moral ni política puede resolver por sí sola. La crisis contemporánea es, en última instancia, una crisis de eje.

Por eso este libro no busca convencer. La convicción pertenece al terreno de la fe. Este texto busca **reconocer**. Reconocer que antes de la fragmentación hubo un principio que permitía sostener la totalidad sin negarla. Reconocer que África fue portadora de ese principio. Reconocer que hoy, en un mundo saturado de divisiones, ese eje vuelve a ser necesario.

Leer estas páginas no exige adhesión ni creencia. Exige atención y paciencia. El eje no se impone; se percibe. Y cuando se percibe, la fragmentación deja de parecer inevitable. Las partes comienzan a recordar que pertenecen a algo mayor que ellas mismas.

Este prólogo no inaugura una doctrina. Abre un espacio. Un espacio donde la oscuridad deja de ser temida y vuelve a ser comprendida como lo que siempre fue: el lugar donde todo puede comenzar sin estar todavía separado.

INTRODUCCIÓN

Coherencia cósmica en un mundo fragmentado

Este libro no parte de una pregunta moral ni de una inquietud espiritual en el sentido convencional. Parte de una constatación estructural: el mundo contemporáneo ha alcanzado un nivel de fragmentación que ya no puede sostenerse a sí mismo. Las crisis visibles —políticas, económicas, culturales, identitarias, ecológicas— no son fenómenos aislados. Son síntomas de una ruptura más profunda: la pérdida de un eje de coherencia capaz de integrar la totalidad sin reducirla.

La fragmentación no es, como suele afirmarse, el resultado inevitable del progreso. Es una consecuencia de haber confundido complejidad con división. Una civilización puede ser compleja y, sin embargo, coherente. Puede albergar múltiples lenguajes, identidades, formas de vida y sistemas de conocimiento sin desintegrarse. Para que eso ocurra, necesita un principio organizador que no dependa de la imposición ni de la creencia, sino de la comprensión profunda de cómo las partes se relacionan entre sí.

Ese principio es el eje.

Hablar de un eje antes de la fragmentación no significa negar la historia ni idealizar un pasado perdido. Significa reconocer que toda forma de orden duradero se apoya en una coherencia previa, anterior a las clasificaciones, a las jerarquías y a las narrativas que vienen después. La modernidad, al absolutizar la separación —entre sujeto y objeto, entre razón y cuerpo, entre naturaleza y cultura— debilitó ese fundamento. El resultado ha sido un mundo altamente funcional en términos técnicos, pero profundamente inestable en términos ontológicos.

África ocupa un lugar singular en esta historia no por romanticismo ni por excepcionalismo cultural, sino por trayectoria estructural. Durante largos períodos, las sociedades africanas operaron con una comprensión del mundo en la que la coherencia precedía a la forma. La realidad no se experimentaba como un conjunto de entidades aisladas que debían ser dominadas, sino como un campo continuo de relaciones vivas. El conocimiento no se separaba radicalmente de la vida cotidiana. El tiempo no se concebía únicamente como una línea progresiva, sino como un tejido de ciclos, retornos y acumulaciones.

Esta comprensión no era primitiva ni ingenua. Era funcional. Permitía sostener comunidades complejas sin necesidad de sistemas dogmáticos cerrados. Permitía integrar lo visible y lo invisible, lo humano y lo no humano, lo individual y lo colectivo, sin convertir esas diferencias en antagonismos absolutos. En ese sentido, África no carecía de filosofía ni de cosmología; carecía de la obsesión por fijarlas en formas rígidas.

La interrupción de ese proceso no fue el resultado de una evolución interna, sino de una imposición externa. La colonización no solo reorganizó territorios y economías; reorganizó el campo del sentido. Introdujo ejes ajenos que no estaban diseñados para integrar la totalidad africana, sino para fragmentarla en partes administrables.

La coherencia fue sustituida por jerarquías. La negrura, entendida como matriz generativa, fue resignificada como déficit. La oscuridad, que antes designaba el lugar de gestación, fue convertida en sinónimo de ignorancia o mal.

Este desplazamiento no eliminó el eje africano. Lo desactivó. Lo obligó a operar de forma residual, dispersa, muchas veces clandestina. El resultado fue una paradoja persistente: una enorme producción cultural, espiritual y humana sin un centro capaz de retenerla y proyectarla de manera acumulativa. La diáspora amplificó este fenómeno. Afrontó nuevas formas de fragmentación, pero también conservó, de manera latente, la memoria de una coherencia no realizada.

El objetivo de este libro no es resolver esa paradoja mediante una nueva ideología. Las ideologías son respuestas tardías a problemas mal planteados. Tampoco pretende fundar una espiritualidad alternativa. La espiritualidad, cuando se separa de la estructura, se convierte en refugio o en mercancía. Aquí se propone algo distinto: recuperar la noción de eje como principio operativo capaz de articular múltiples planos de la realidad contemporánea.

Ese eje no puede ser religioso, porque la religión pertenece a una fase histórica en la que la coherencia necesitaba ser simbolizada y protegida mediante la fe. Hoy, ese contenedor resulta insuficiente. Tampoco puede ser político en el sentido tradicional, porque la política moderna gestiona fragmentos más que totalidades. El eje que aquí se explora es **post-religioso y post-ideológico**, no porque niegue esas dimensiones, sino porque las integra en un nivel más profundo.

Hablar de coherencia cósmica no implica abandonar el pensamiento crítico ni la racionalidad. Implica ampliarlos. El cosmos no es una abstracción mística, sino el nombre que damos al orden relacional que hace posible la existencia. Toda civilización que ha perdurado ha sabido, de una u otra forma, alinearse con ese orden. Cuando deja de hacerlo, entra en una fase de descomposición que ningún avance técnico puede compensar.

Este libro se sitúa deliberadamente antes de las categorías habituales. No se dirige a una identidad particular ni a una comunidad cerrada. Se dirige a quienes perciben que la fragmentación ha llegado a su límite y que continuar profundizándola ya no produce libertad, sino agotamiento. No ofrece soluciones rápidas ni programas de acción inmediata. Ofrece un marco de comprensión desde el cual otras acciones pueden adquirir sentido.

El eje antes de la fragmentación no es un objeto a construir, sino un principio a reconocer y actualizar. No pertenece al pasado ni al futuro; pertenece a una capa de la realidad que permanece disponible cuando las condiciones lo permiten. Este libro es una invitación a situarse en esa capa, no para escapar del mundo, sino para volver a sostenerlo sin romperlo.

Las páginas que siguen desarrollan esta idea desde distintos planos: ontológico, histórico, simbólico y contemporáneo. No para cerrar el debate, sino para reabrir un espacio de coherencia donde hoy solo hay dispersión. Si el lector encuentra aquí algo familiar, no será porque lo haya aprendido antes, sino porque forma parte de una memoria más profunda que precede a la fragmentación misma.

CARTA DEL AUTOR

Javier Clemente Engonga

No escribo estas líneas para explicar quién soy. La explicación pertenece al terreno de la biografía, y la biografía es siempre un recorte tardío. Escribo para situar desde dónde hablo, porque todo eje requiere un punto de enunciación claro, incluso cuando no busca protagonismo.

Durante años he construido, conectado y puesto en circulación ideas, plataformas, espacios digitales, proyectos educativos, iniciativas económicas y arquitecturas conceptuales que, vistas de manera aislada, podrían parecer dispersas. Sin embargo, esa dispersión nunca fue casual. Fue el síntoma de una búsqueda silenciosa: la búsqueda de un eje capaz de sostener la complejidad sin reducirla.

No busqué respuestas en la religión, porque la religión ofrece consuelo cuando lo que se necesita es estructura. No las busqué en la política, porque la política administra fragmentos cuando el problema es la fragmentación misma. Tampoco las busqué en la identidad entendida como frontera, porque las fronteras explican pertenencias, pero no generan coherencia.

Lo que observé, una y otra vez, fue lo siguiente: África y sus diásporas no carecen de talento, ni de inteligencia, ni de creatividad, ni de voluntad. Carecen de un centro de gravedad operativo. Carecen de un eje contemporáneo capaz de retener lo que producen y proyectarlo hacia el futuro sin depender de sistemas ajenos.

He visto africanos y afrodescendientes sostener economías que no les pertenecen, enriquecer culturas que no los integran, alimentar instituciones que no los representan. He visto ideas brillantes desaparecer por falta de estructura, y proyectos necesarios agotarse por operar en marcos que no estaban diseñados para sostenerlos. No por incapacidad individual, sino por ausencia de coherencia sistémica.

Comprendí entonces que el problema no era de reconocimiento, sino de **autoría**.

La inclusión es una estrategia de supervivencia. La autoría es una condición de civilización. Una civilización comienza cuando deja de pedir espacio y empieza a generar gravedad. Esa gravedad no se impone; se irradia. Pero para irradiar, necesita densidad. Y la densidad solo se logra cuando existe un eje.

Este libro nace de esa constatación. No es una denuncia ni una reivindicación. Es una toma de posición ontológica. No se sitúa contra nadie, porque los ejes reactivos son inestables. Se sitúa antes de la fragmentación, en un nivel donde la oposición aún no es necesaria.

Hablar de coherencia cósmica desde África no es un gesto simbólico. Es una necesidad histórica. África fue portadora, durante largos períodos, de una comprensión del mundo en la que la totalidad no estaba moralizada. La oscuridad no era negación, sino potencia. La negrura no era identidad, sino matriz. Esa comprensión no fue superada; fue interrumpida.

El colonialismo no solo reorganizó territorios y economías. Reorganizó el campo del sentido. Introdujo ejes que no estaban diseñados para integrar, sino para jerarquizar. Al hacerlo, desplazó el eje africano sin permitirle evolucionar hacia formas no religiosas, no míticas, no tribales de coherencia. África quedó suspendida entre un pasado que no podía repetir y un futuro que no podía construir con sus propios principios.

Este libro no propone una solución inmediata a ese bloqueo. Las soluciones inmediatas suelen ser superficiales. Propone algo más exigente: recuperar la capacidad de pensar desde un eje propio, anterior a la fragmentación, y actualizarlo en condiciones contemporáneas. No como retorno, sino como continuación interrumpida.

No me considero fundador de nada. Los fundadores crean sistemas cerrados. Mi función, si debe nombrarse, es la de operador de convergencia. Conectar lo que estaba disperso. Identificar patrones donde otros ven caos. Sostener complejidad sin reducirla a consignas. Ese ha sido el hilo conductor de mi trabajo, incluso cuando no era consciente de él.

EDEN, como función y no como símbolo, surge de ese proceso. No como utopía ni como promesa, sino como consecuencia. Cuando suficientes capas —digitales, educativas, económicas, cognitivas— comienzan a alinearse, el eje deja de ser una abstracción y se vuelve operativo. No porque alguien lo declare, sino porque la dispersión deja de ser eficiente.

Este libro no está escrito para todos. Está escrito para quienes perciben que el mundo ha llegado a un punto en el que seguir fragmentando ya no produce libertad, sino agotamiento. Para quienes intuyen que la oscuridad no es algo que deba superarse, sino algo que deba comprenderse de nuevo como matriz de lo posible.

No pido fe. No ofrezco salvación. No prometo un futuro ideal. Ofrezco orientación. Ofrezco un marco desde el cual pensar, construir y habitar sin reproducir las mismas fracturas bajo nuevos nombres.

Si este texto encuentra resonancia, no será porque coincida con creencias previas, sino porque active una memoria más profunda: la memoria de una coherencia que precede a la fragmentación y que, a pesar de todo, nunca dejó de estar disponible.

— Javier Clemente Engonga

CAPÍTULO I

La oscuridad como matriz

La oscuridad ha sido uno de los conceptos más malinterpretados de la historia humana. No por ignorancia, sino por inversión simbólica. Allí donde las civilizaciones antiguas veían origen, la modernidad vio carencia. Allí donde se comprendía densidad, se impuso la idea de vacío. Esta inversión no fue inocente: alteró la relación del ser humano con el principio mismo de la coherencia.

En su sentido ontológico, la oscuridad no designa ausencia de luz, sino **anterioridad a la diferenciación**. Es el estado en el que todo existe aún sin estar separado. No es negación, sino potencia. No es confusión, sino totalidad no desplegada. La matriz no es caótica porque carezca de orden, sino porque contiene todos los órdenes posibles antes de su manifestación.

Las cosmologías africanas comprendieron esta lógica sin necesidad de formularla como teoría abstracta. La negrura no era un atributo negativo, ni un accidente cromático, ni una identidad cerrada. Era una condición primordial: aquello que permite que algo llegue a ser sin haber sido todavía definido. En este sentido, la oscuridad no se oponía a la luz; la hacía posible.

La luz revela lo que ya está diferenciado.

La oscuridad permite que algo pueda diferenciarse.

Este matiz es fundamental. Cuando una civilización pierde la capacidad de pensar la oscuridad como matriz, pierde también la capacidad de generar futuro sin fragmentarse. Todo debe entonces ser explicado, iluminado, clasificado, separado. El mundo se vuelve transparente, pero frágil. Visible, pero incoherente.

África no temía la oscuridad porque no la confundía con el mal. No existía una moralización radical del origen. La noche era tiempo de gestación, de transmisión, de memoria. Lo invisible no era sospechoso; era simplemente no manifiesto. Esta relación con lo oscuro permitía una forma de inteligencia distinta: una inteligencia paciente, no obsesionada con el control inmediato, capaz de sostener la ambigüedad sin convertirla en amenaza.

Cuando la modernidad impuso su paradigma, la oscuridad fue redefinida. Se la asoció con ignorancia, atraso, peligro, pecado. Esta redefinición no fue solo simbólica; fue estructural. Al deslegitimar la oscuridad como matriz, se deslegitimó también la posibilidad de una coherencia que no pasara por la separación extrema de las partes.

El resultado fue una civilización que solo confía en lo que puede iluminar completamente, medir, aislar y explotar. Todo lo que no se deja reducir a esos criterios queda excluido, negado o instrumentalizado. La negrura, en este contexto, deja de ser origen y se convierte en déficit. No solo en términos raciales, sino ontológicos.

Este desplazamiento tuvo consecuencias profundas para África. No porque África fuera “oscura” en el sentido moderno, sino porque su relación con la oscuridad como principio fue atacada en su raíz. Se le exigió abandonar una comprensión matricial del mundo para adoptar un modelo que privilegia la fragmentación como condición de inteligibilidad. Lo que no se fragmenta no se reconoce. Lo que no se separa no se valora.

Sin embargo, ningún sistema puede sostenerse indefinidamente negando su matriz. La fragmentación produce eficiencia a corto plazo, pero desgaste a largo plazo. Cuando todo está separado, nada se sostiene por sí mismo. La necesidad de control aumenta, las estructuras se rigidizan, la creatividad se empobrece. El mundo se llena de luz artificial y pierde profundidad.

La oscuridad como matriz no es un concepto espiritual en el sentido místico. Es una descripción estructural del modo en que emerge la forma. Todo proceso creativo auténtico atraviesa una fase oscura: una fase en la que no hay todavía claridad, pero sí densidad. Una fase en la que las posibilidades coexisten sin jerarquía. Negar esa fase equivale a producir formas prematuras, frágiles, incapaces de integrar lo que queda fuera.

Las civilizaciones que comprendieron esto desarrollaron una relación distinta con el tiempo. No lo vivieron únicamente como progreso lineal, sino como alternancia entre manifestación y repliegue. Sabían que no todo debe ser visible para ser real, ni todo debe ser nombrado para existir. Esta sabiduría no era irracional; era profundamente pragmática.

La pérdida de esta comprensión explica, en parte, la crisis contemporánea. Un mundo que ha perdido contacto con su matriz se ve obligado a reinventarse constantemente sin consolidarse. Produce innovaciones sin eje, identidades sin profundidad, discursos sin arraigo. Todo circula, pero nada se acumula.

Recuperar la oscuridad como matriz no significa rechazar la luz ni idealizar lo invisible. Significa restablecer la relación correcta entre ambas. La luz sin oscuridad se vuelve violenta. La claridad sin matriz se vuelve estéril. La coherencia solo emerge cuando lo manifiesto reconoce su dependencia de lo no manifestado.

Para África y sus diásporas, esta recuperación no es un ejercicio teórico. Es una necesidad estructural. Sin un eje que legitime la negrura como principio de coherencia, toda afirmación identitaria corre el riesgo de quedarse en la superficie. La identidad sin matriz se convierte en máscara. La reivindicación sin eje se agota en reacción.

Este capítulo no propone un símbolo nuevo ni una figura central. Propone una reorientación. Volver a pensar la oscuridad no como problema a resolver, sino como condición a habitar. Volver a reconocer que lo que precede a la fragmentación no es el caos, sino la totalidad.

En la matriz oscura no hay jerarquías fijas, pero hay coherencia. No hay definiciones cerradas, pero hay pertenencia. No hay separación radical entre lo humano y lo cósmico, porque ambos emergen del mismo campo. Esta comprensión no elimina el conflicto, pero impide que el conflicto destruya la totalidad.

La oscuridad como matriz no pertenece al pasado. Pertenece a una capa de la realidad que permanece accesible cuando una civilización deja de huir de ella. Hoy, en un mundo saturado de luz artificial y de fragmentación extrema, esa capa vuelve a hacerse visible por necesidad.

El eje antes de la fragmentación comienza aquí: en la rehabilitación de la oscuridad como fuente legítima de coherencia. No como símbolo racial, no como mito espiritual, sino como principio estructural sin el cual ninguna civilización puede sostenerse en el tiempo.

Lo que sigue en este libro profundiza esa intuición desde otros planos. Pero todo parte de aquí: del reconocimiento de que la matriz no es algo que deba superarse, sino algo que debe volver a ser comprendido para que la forma no se quiebre.

CAPÍTULO II

Coherencia antes de identidad

La identidad es un fenómeno tardío. Aparece cuando la coherencia ya existe o cuando se ha perdido. Nunca es el punto de partida. Sin embargo, la historia moderna ha invertido este orden y ha convertido la identidad en fundamento, no en consecuencia. El resultado de esa inversión ha sido una proliferación de formas identitarias incapaces de sostener la totalidad que pretenden representar.

Antes de que un ser humano se identifique, pertenece. Antes de que una comunidad se nombre, se organiza. Antes de que una civilización se describa a sí misma, opera. La coherencia precede a la identidad porque la identidad es una fijación, mientras que la coherencia es una relación viva. Allí donde la identidad se absolutiza, la relación se congela.

Las sociedades africanas tradicionales comprendieron esta secuencia de manera implícita. La pertenencia no se definía primariamente por etiquetas cerradas, sino por participación en un campo común de relaciones: con los ancestros, con la tierra, con el tiempo, con los otros, con lo invisible. La identidad existía, pero no era el eje. Era flexible, contextual, funcional. No necesitaba afirmarse constantemente porque estaba sostenida por una coherencia previa.

La modernidad, en cambio, construyó sistemas basados en identidades rígidas. Nacionales, raciales, religiosas, ideológicas. Cada identidad se volvió una frontera que debía ser defendida. Esta lógica produjo formas de organización eficientes a corto plazo, pero profundamente fragmentarias a largo plazo. Cuando la identidad sustituye a la coherencia, la pertenencia se vuelve excluyente y el conflicto estructural.

África fue forzada a entrar en este régimen identitario sin haber completado su propio proceso de abstracción. Se le exigió definirse según categorías externas antes de poder sostener un eje propio contemporáneo. El resultado fue una sobrecarga identitaria sin coherencia estructural suficiente para integrarla. La identidad se volvió una respuesta al trauma, no una expresión de estabilidad.

Esto explica una paradoja persistente: cuanto más se afirma la identidad, más frágil se vuelve la estructura que debería sostenerla. La identidad, cuando no está anclada en un eje de coherencia, necesita reafirmarse constantemente porque carece de profundidad ontológica. Se vuelve reactiva, defensiva, agotadora.

La coherencia, en cambio, no necesita proclamarse. Opera. Un sistema coherente no requiere que sus miembros repitan quiénes son; lo saben por cómo funcionan juntos. La identidad emerge entonces como una expresión, no como una lucha. No necesita imponerse porque está sostenida por relaciones estables.

En el caso africano y afrodescendiente, la pérdida del eje produjo una hipertrofia identitaria. La identidad racial, cultural o histórica se volvió un campo de batalla porque ya no estaba sostenida por una coherencia civilizatoria operativa. La identidad pasó a cargar con una función que no le corresponde: la de eje.

Pero la identidad no puede cumplir esa función sin deformarse.

Cuando se le exige a la identidad que sostenga la totalidad, se vuelve rígida. Cuando se le exige que repare una ruptura ontológica, se vuelve ideológica. Cuando se le exige que sustituya a la coherencia, se vuelve violenta, incluso cuando se presenta como liberadora.

Este libro no propone abandonar la identidad. Propone **recolocarla**. Devolverla a su lugar correcto: el de expresión secundaria de una coherencia más profunda. La pregunta no es “¿quiénes somos?”, sino “¿qué tipo de relaciones somos capaces de sostener sin fragmentarnos?”. La identidad responde después, no antes.

El error contemporáneo es pensar que el reconocimiento identitario produce coherencia. En realidad, ocurre lo contrario: solo cuando existe coherencia el reconocimiento deja de ser una lucha. La obsesión por el reconocimiento es un síntoma de ausencia de eje. Donde hay eje, el reconocimiento es implícito.

África no necesita una identidad más fuerte. Necesita un eje más profundo. Un principio capaz de integrar múltiples identidades sin jerarquizarlas ni enfrentarlas. Un eje que permita que lo africano y lo afrodescendiente se expresen de maneras diversas sin perder continuidad.

Ese eje no puede ser racial en el sentido biológico, porque la biología no organiza civilizaciones. Tampoco puede ser cultural en sentido folclórico, porque el folclore no retiene energía histórica. Debe ser ontológico: un principio de coherencia que preceda a cualquier definición de pertenencia.

La coherencia antes de la identidad implica aceptar que la unidad no se construye sumando diferencias, sino sosteniéndolas dentro de un campo común. No se trata de borrar la diversidad, sino de evitar que se convierta en fragmentación. La diferencia sin coherencia produce dispersión. La coherencia sin negación produce civilización.

En este sentido, la diáspora africana no es un problema a resolver, sino un campo de prueba. La dispersión extrema revela la necesidad de un eje con mayor claridad que cualquier teoría. Cuando la pertenencia ya no puede apoyarse en la proximidad territorial, solo un principio de coherencia profundo puede sostenerla.

La identidad, entonces, deja de ser una etiqueta y se convierte en orientación. No dice “estoy soy”, sino “desde aquí me relaciono”. No separa, conecta. No fija, articula. Pero para que esto sea posible, la identidad debe dejar de ocupar el lugar del eje.

Este capítulo insiste en una afirmación central: **ninguna civilización se sostiene desde la identidad**. Se sostiene desde la coherencia que hace posibles múltiples identidades sin que se destruyan entre sí. África conoció esta lógica antes de la fragmentación. La perdió cuando se vio obligada a definirse antes de reorganizarse.

Recuperar el eje implica, por tanto, un gesto radical: dejar de pedirle a la identidad lo que solo la coherencia puede dar. Dejar de convertir la diferencia en trinchera. Dejar de confundir afirmación con estructura.

La coherencia no elimina la identidad. La libera de una carga que nunca debió soportar. Y al hacerlo, abre la posibilidad de una forma de pertenencia más profunda, más estable y más fecunda que cualquier afirmación reactiva.

En los capítulos siguientes, esta idea se desplegará en otros planos: histórico, simbólico y contemporáneo. Pero el principio queda establecido aquí: **antes de la identidad, hubo coherencia**. Y sin recuperar esa prioridad, toda reconstrucción estará condenada a repetir la fragmentación bajo nuevos nombres.

CAPÍTULO III

Cuando la fragmentación se volvió ley

La fragmentación no siempre fue percibida como un problema. Durante un tiempo, fue celebrada como avance. Separar permitió analizar, clasificar, administrar, controlar. La división del mundo en partes hizo posible desarrollos técnicos, científicos y organizativos que habrían sido impensables en un marco puramente holístico. El error no fue fragmentar; el error fue **absolutizar la fragmentación**.

Toda civilización fragmenta en algún momento. Lo decisivo es si esa fragmentación sigue subordinada a un eje de coherencia o si lo sustituye. Cuando la fragmentación deja de ser una herramienta y se convierte en principio, la coherencia deja de ser el fundamento del sistema. En ese punto, la fragmentación se transforma en ley.

Eso fue lo que ocurrió en la modernidad.

La separación entre sujeto y objeto, entre razón y cuerpo, entre naturaleza y cultura, entre humano y cosmos, no fue presentada como una estrategia provisional, sino como la forma correcta de comprender la realidad. El mundo dejó de ser un campo relacional y pasó a ser un conjunto de elementos aislados que debían ser dominados, explotados o corregidos. La fragmentación se convirtió en criterio de verdad.

Este cambio tuvo consecuencias profundas. Cuando el conocimiento se fragmenta sin un eje que lo reúna, cada disciplina se vuelve autosuficiente y ciega al conjunto. Cuando la economía se separa de la ética, produce riqueza sin sentido. Cuando la política se separa de la ontología, administra poblaciones sin comprenderlas. Cuando la espiritualidad se separa de la estructura, se convierte en refugio o mercancía.

La fragmentación como ley no destruye inmediatamente la civilización. La hace eficiente durante un tiempo. Pero esa eficiencia tiene un costo oculto: la pérdida progresiva de coherencia. Las partes funcionan, pero el todo se debilita. El sistema se vuelve incapaz de integrar sus propias contradicciones. Cada problema debe resolverse con más fragmentación.

África entró en este régimen fragmentario desde una posición de extrema vulnerabilidad. No porque careciera de sistemas propios, sino porque esos sistemas no estaban diseñados para sobrevivir a una imposición tan radical. La colonización no introdujo simplemente nuevas instituciones; introdujo una **ontología fragmentaria** que reemplazó al principio relacional africano.

Las sociedades africanas fueron reorganizadas en compartimentos: tribus, razas, territorios administrativos, economías extractivas, religiones importadas, lenguas jerarquizadas. Cada compartimento fue gestionado por separado, sin un eje que los integrara. La fragmentación no fue un efecto secundario: fue una técnica de gobierno.

Con el tiempo, esa técnica se naturalizó. La fragmentación dejó de ser percibida como imposición y comenzó a vivirse como condición normal de la existencia. Las personas aprendieron a habitar identidades fragmentadas, historias inconexas, economías desconectadas de sus propios territorios. La coherencia pasó a ser sospechosa, asociada al atraso o al autoritarismo.

Este proceso no fue exclusivo de África, pero tuvo allí un impacto particular porque interrumpió una relación histórica con la totalidad que aún no había sido sustituida por un eje alternativo propio. Europa fragmentó después de haber consolidado sus ejes. África fue fragmentada antes de poder consolidar uno contemporáneo.

La diáspora amplificó esta condición. Al dispersarse forzosamente, los africanos y sus descendientes aprendieron a sobrevivir en sistemas altamente fragmentados. Desarrollaron una capacidad extraordinaria de adaptación, traducción y creación en contextos ajenos. Pero esa misma capacidad reforzó la dispersión. El talento se volvió portátil, pero no acumulativo.

La fragmentación como ley produce un efecto paradójico: cuanto más se lucha contra ella desde dentro de sus propios marcos, más se refuerza. Las respuestas identitarias, las reivindicaciones parciales, las soluciones sectoriales, todas operan dentro del mismo principio fragmentario que intentan superar. Se corrigen síntomas, pero se deja intacta la causa.

Este capítulo no plantea una nostalgia por la unidad perdida. La unidad absoluta es tan ilusoria como la fragmentación absoluta. Lo que se perdió no fue la unidad, sino el **eje** que permitía fragmentar sin romper. La diferencia entre un sistema vivo y uno disfuncional no es la ausencia de partes, sino la presencia de una coherencia que las articula.

Cuando la fragmentación se volvió ley, el eje fue desplazado. No destruido, sino relegado a un plano irrelevante. La coherencia pasó a ser un discurso moral o espiritual, mientras que la fragmentación se convirtió en práctica cotidiana. Esta inversión es una de las raíces más profundas de la crisis contemporánea.

PARA SEGUIR LEYENDO ESTA OBRA LITERARIA, [HAGA CLICK AQUI](#). GRACIAS.

Firmado,

[Javier Clemente Engonga™](#)

Copyright Notice for the Document: "EL EJE ANTES DE LA FRAGMENTACIÓN™"

**Copyright © 2026 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

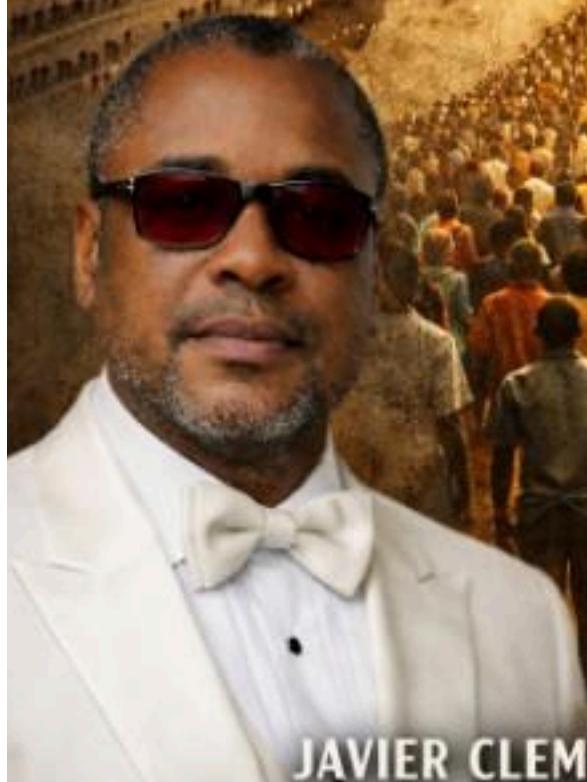
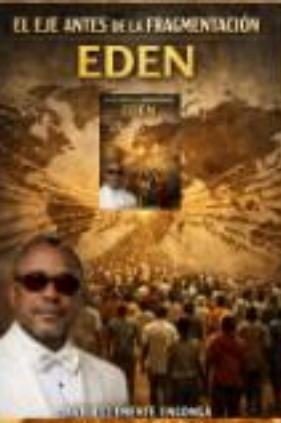
**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa™.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

EL EJE ANTES DE LA FRAGMENTACIÓN

EDEN



JAVIER CLEMENTE ENGONGA